



EL EVANGELIO DE LA PROSPERIDAD: BREVE ANÁLISIS CRÍTICO [Prosperity Gospel: A Brief Critical Analysis]

Alberto R. Timm
timma@gc.adventist.org
Patrimonio White
Iglesia Adventista del Séptimo Día
Silver Springs, MD, EE. UU.

Recibido: 16 de diciembre de 2017

Aceptado: 17 de febrero de 2018

Resumen

El presente artículo provee un análisis crítico de algunos de los postulados básicos del evangelio de la prosperidad, a la luz de las Escrituras. El contenido de este artículo está dividido en dos partes principales. La primera es una breve exposición de Malaquías 3:7-12, que revela las principales bendiciones prometidas a aquellos que son fieles al devolver sus diezmos y ofrendas. La segunda parte provee un análisis crítico del evangelio de la prosperidad y sus implicaciones sobre algunas enseñanzas básicas de las Escrituras.

Palabras clave: Malaquías 3, evangelio de la prosperidad, diezmos, iglesia, predicadores pentecostales

Abstract

The present article provides a critical analysis of some basic postulates of the prosperity gospel in light of the Scriptures. The content of this article is divided into two main parts. The first is a brief exposition of Malachi 3:7-12, which unveils the main blessings promised to those who are faithful in paying their tithes and offerings. The second part provides a critical analysis of the prosperity gospel and its implications on a few basic teachings of the Scriptures.

Keywords: Malachi 3, prosperity gospel, tithes, church, Pentecostal preachers

INTRODUCCIÓN

Muchos predicadores pentecostales y carismáticos contemporáneos se han vuelto ricos al prometer prosperidad financiera a sus donantes. Basados en las bendiciones asociadas a los diezmos y ofrendas (“Traed todo el diezmo... ponedme ahora a prueba en esto...” (Mal 3:10),¹ algunos predicadores aseguran que los dadores generosos incluso pueden elegir por adelantado la clase de bendiciones que se le pedirá a Dios. Las diferentes opciones incluyen el estilo de casa que les gustaría poseer, la marca de automóvil que les gustaría conducir, e incluso el balance de la cuenta bancaria que les gustaría conservar. ¡Todo esto, y mucho más, lo recibirán al ser generosos y “probando” a Dios para que cumpla sus promesas!

Por ejemplo, Edir Macedo (1945-), el líder y fundador de la Iglesia Universal del Reino de Dios, habla del diezmo y las ofrendas como una inversión financiera que vale la pena. En su libro *Vida com abundância*, Macedo argumenta:

De acuerdo a la Biblia, pagar los diezmos significa ser candidato para recibir bendiciones físicas, espirituales y financieras ilimitadas. Cuando le pagamos el diezmo a Dios, Él está *en deuda* (porque Él lo prometió) y debe cumplir su Palabra, reprendiendo a los espíritus devoradores que traen desgracia a la vida del hombre, que actúan a través de las enfermedades, accidentes, adicciones, degradaciones sociales y en todos los aspectos de las actividades humanas que causan que el hombre sufra eternamente. Cuando somos fieles con nuestros diezmos, además de ser libres de estos sufrimientos, también comenzamos a disfrutar la plenitud en la tierra, teniendo a Dios de nuestro lado para bendecirnos en todo.²

En su libro, *O poder sobrenatural da fe*, el mismo autor agrega:

También es claro que quienes son fieles con sus diezmos tienen el privilegio de demandarle a Dios el cumplimiento de su promesa en sus vidas, y *obligatoriamente*, el Señor tiene que cumplirlo. [...]

*Este artículo fue publicado por primera vez como “Prosperity Gospel: A Brief Critical Analysis”, *Reflections – A BRI Newsletter* 46 (2014): 1-7. Usado con permiso.

¹A menos que se indique algo diferente, todas las citas han sido tomadas de la LBLA.

²Bispo Macedo, *Vida Com Abundância*, 12va ed. (Rio de Janeiro: Editora Gráfica Universal, 1996), 79, énfasis añadido.

Personalmente considero que la contribución es más que justa, ya sea en diezmos u ofrendas, porque *cuanto más damos, más nos regresa Dios*.³

Mientras que Macedo busca apoyo bíblico para sus ideas, Kenneth E. Hagin (1917-2003), padre del *Word of Faith Movement*, incluso recurre a revelaciones divinas para defender sus propios puntos de vista. En su folleto *How God Taught Me About Prosperity*, Hagin declara: “El Señor mismo me enseñó acerca de la prosperidad. Nunca lo leí en algún libro. Lo obtuve directamente del cielo”.⁴

Las ambiciones financieras, del movimiento del evangelio de la prosperidad,⁵ están bien expresadas por Bill Hamon en su libro *Prophets and Personal Prophecy*. Él argumenta: “el Espíritu Santo ha dado a conocer que ahora es el momento para que el ejército del Señor se levante y posea la riqueza del mundo”. De acuerdo a Hamon, este objetivo debe ser alcanzado con la ayuda de profetas modernos que pueden revelar “palabras acerca de los problemas que están obstaculizando un negocio, así como nuevas instrucciones, actividades y metas. Muchos empresarios buscan al profeta por confirmación antes de tomar decisiones importantes en sus emprendimientos”.⁶

En cualquier caso, si los predicadores del evangelio de la prosperidad están en lo correcto, entonces, ¡es muy fácil hacerse rico! ¡El creyente solo necesita dar diezmos y ofrendas generosas a las arcas de estas iglesias y las ganancias financieras esperadas serán mucho más elevadas que los intereses pagados por cualquier otra inversión en el mercado financiero! Además, si la ganancia multiplicada no sucede tal como se prometió, la culpa es atribuida al dador – quien no ejercitó la fe suficiente para recibir la bendición.

³Bispo Macedo, *O Poder Sobrenatural da Fé*, 30va ed. (Rio de Janeiro: Editora Gráfica Universal, 1997), 145-147, énfasis añadido.

⁴Kenneth E. Hagin, *How God Taught Me About Prosperity* (Tulsa, OK: Kenneth Hagin Ministries, 1985), 1.

⁵Por una historia general del evangelio de la prosperidad norteamericano, ver Kate Bowler, *Blessed: A History of the American Prosperity Gospel* (New York, NY: Oxford University Press, 2013). Por un estudio crítico de la próspera Iglesia Universal del Reino de Dios, ver Leonildo Silveira Campos, *Teatro, Templo e Mercado: Organização e Marketing de um Empreendimento Neopentecostal*, 2da ed. (Petrópolis, RJ, Brazil: Vozes; São Paulo, Brazil: Simpósio Editora; São Bernardo do Campo, SP, Brazil: Unesp, 1999).

⁶Bill Hamon, *Prophets and Personal Prophecy: God's Prophetic Voice Today: Guidelines for Receiving, Understanding, and Fulfilling God's Personal Word to You* (Shippensburg, PA: Destiny Image, 1987), 124, 126.

Muchas personas creen en esta interpretación superficial de las bendiciones que Dios les prometió a aquellos que le son fieles (Mal 3:10). Pero, por otro lado, están aquellos que, antes de confiar en promesas humanas, prefieren examinar cuidadosamente la palabra de Dios para ver si estas cosas son así (Hch 17:11). Estas personas usualmente justifican su posición no solo en la enseñanza apostólica de que “debemos obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hch 5:29), sino también en las advertencias de Cristo contra los falsos predicadores que hablan en su nombre, pero cuyas enseñanzas no están plenamente de acuerdo con la palabra de Dios (Mt 4:4; 7:20-23; ver también Gá 1:8, 9; Ap 22:18 19).

El presente artículo provee un análisis crítico de algunos de los postulados básicos del evangelio de la prosperidad, a la luz de las Escrituras.⁷ El contenido de este artículo está dividido en dos partes principales. La primera es una breve exposición de Malaquías 3:7-12, que revela las principales bendiciones prometidas a aquellos que son fieles al devolver sus diezmos y ofrendas. La segunda parte provee un análisis crítico del evangelio de la prosperidad y sus implicaciones sobre algunas enseñanzas básicas de las Escrituras.

MALDICIONES Y BENDICIONES EN MALAQUÍAS 3:7-12

El libro del profeta Malaquías fue escrito alrededor del año 425 a. C.⁸, en un tiempo de mucho declive espiritual entre los israelitas que regresaron del exilio babilónico y sus descendientes. Tanto los sacerdotes (Mal 1:6-2:9) como el pueblo (2:11) estaban contaminando el santuario del Señor. También estaban aquellos que se casaron con esposas paganas (2:11) y que eran infieles a las esposas de su juventud (2:14, 15). Se hace alusión a “hechiceros” e individuos que oprimían al “jornalero en su salario, a la viuda y al huérfano” y que eran injustos con los

⁷Por un análisis crítico más detallado del evangelio de la prosperidad, ver e.g., Gordon D. Fee, *The Disease of the Health & Wealth Gospels* (Vancouver, British Columbia: Regent College Publishing, 2006); David W. Jones y Russell S. Woodbridge, *Health, Wealth & Happiness: Has the Prosperity Gospel Overshadowed the Gospel of Christ?* (Grand Rapids, MI: Kregel, 2011). Ver también Bruce Shelley and Marshall Shelley, *Consumer Church: Can Evangelicals Win the World Without Losing Their Souls?* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1992), 109-121.

⁸Francis D. Nichol, ed., *The Seventh-day Adventist Bible Commentary*, ed. rev. (Washington, DC: Review and Herald, 1976), 4:1121.

“extranjeros” (3:5). El pueblo no observaba los “estatutos” divinos (3:7), e incluso le robaban a Dios “en los diezmos y en las ofrendas” (3:8).

Maldiciones de la infidelidad

Abandonar a Dios y la fidelidad general en diezmos y ofrendas trajo grandes maldiciones al pueblo. El libro de Malaquías registra las siguientes palabras de Dios: “con maldición estáis malditos, porque vosotros, la nación entera, me estáis robando” (3:9). Las maldiciones incluían al devorador que consumía los frutos del suelo y la vid que no producía frutos en el campo (3:11).

Las cosechas se frustraban, no solo debido a algún cambio climático accidental o a la infertilidad natural del suelo, sino como resultado de la desobediencia insolente del pueblo a los mandamientos y estatutos divinos (Dt 11:16, 17; 28:15-68; 1 R 8:35). La desobediencia del pueblo había llegado a su límite; por casi mil años ellos habían sido advertidos de los castigos que recibirían por ser infieles a su pacto con Dios, tal como está escrito en Deuteronomio 11:16-17:

Cuidaos, no sea que se engañe vuestro corazón y os desviéis y sirváis a otros dioses, y los adoréis. No sea que la ira del SEÑOR se encienda contra vosotros, y cierre los cielos y no haya lluvia y la tierra no produzca su fruto, y pronto perezcáis en la buena tierra que el SEÑOR os da.

Las advertencias de Deuteronomio 28:15-68 son bien conocidas, especialmente las siguientes:

Pero sucederá que si no obedeces al SEÑOR tu Dios, guardando todos sus mandamientos y estatutos que te ordeno hoy, vendrán sobre ti todas estas maldiciones y te alcanzarán: Maldito serás en la ciudad, y maldito serás en el campo [...]

Y el cielo que está encima de tu cabeza será de bronce, y la tierra que está debajo de ti, de hierro. Y el SEÑOR hará que la lluvia de tu tierra sea polvo y ceniza; descenderá del cielo sobre ti hasta que seas destruido [...]

Sacarás mucha semilla al campo, pero recogerás poco, porque la langosta la devorará. Plantarás y cultivarás viñas, pero no beberás del vino ni recogerás las uvas, porque el gusano se las comerá. Tendrás olivos por todo tu territorio, pero no te unguirás con el aceite, porque tus aceitunas se caerán. [...]

Todos tus árboles y el fruto de tu suelo los consumirá la langosta. [...]

Y todas estas maldiciones vendrán sobre ti y te perseguirán y te alcanzarán hasta que seas destruido, porque tú no escuchaste la voz del SEÑOR tu Dios, no guardando los mandamientos y estatutos que Él te mandó. [...]

Malaquías explica que estas maldiciones iban a caer sobre los israelitas no solo porque le estaban robando a Dios “en los diezmos y en las ofrendas” (3:8), sino también porque se habían apartado de los “estatutos” divinos (3:7; cf. 1:6-3:5). Debido a la magnitud del problema, una mera restitución de los diezmos y ofrendas no sería suficiente para apaciguar la desaprobación de Dios. A los escribas y fariseos que eran fieles pagando “el diezmo de la menta, del eneldo y del comino”, Cristo les declaró que también deberían observar “los *preceptos* de más peso de la ley: la justicia, la misericordia y la fe” (Mt 23:23; cf. Lc 11:42). Al igual que en este caso, los contemporáneos de Malaquías también necesitaban reconsagrar sus vidas completa e incondicionalmente a Dios y sus estatutos.

Bendiciones de la obediencia

Pero si los israelitas del tiempo de Malaquías abandonaban sus malos caminos y se entregaban incondicionalmente a Dios, siendo también fieles en sus diezmos y ofrendas, el Señor abriría “las ventanas del cielo” y derramaría sobre ellos tantas bendiciones que no tendrían “suficiente *espacio* para guardarlas” (3:10, NTV). En esta bendición estaba incluida la promesa de que Dios reprendería al “devorador” para que ya no consuma los frutos de la tierra, así como la seguridad de que la vid produciría su fruto en el tiempo correcto (3:11). Consecuentemente, la tierra de Israel sería “una tierra de delicias” y todas las naciones la llamarían “bienaventurada” (3:2).

Estas bendiciones claramente reflejan la recompensa de la obediencia al pacto que son mencionadas en Deuteronomio 11:13, 14:

Y sucederá que si obedecéis mis mandamientos que os ordeno hoy, de amar al SEÑOR vuestro Dios y de servirle con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma, Él dará a vuestra tierra la lluvia a su tiempo, lluvia temprana y lluvia tardía, para que recojas tu grano, tu mosto y tu aceite.

En Deuteronomio 28:1-14 se prometen bendiciones similares, incluyendo la siguiente:

Y sucederá que si obedeces diligentemente al SEÑOR tu Dios, cuidando de cumplir todos sus mandamientos que yo te mando hoy, el SEÑOR tu Dios te pondrá en alto sobre todas las naciones de la tierra. Y todas estas bendiciones vendrán sobre ti y te alcanzarán, si obedeces al SEÑOR tu Dios: Bendito serás en la ciudad, y bendito serás en el campo [...].

El SEÑOR mandará que la bendición sea contigo en tus graneros y en todo aquello en que pongas tu mano, y te bendecirá en la tierra que el SEÑOR tu Dios te da. Te establecerá el SEÑOR como pueblo santo para sí, como te juró, si guardas los mandamientos del SEÑOR tu Dios y andas en sus caminos. [...]

Abrirá el SEÑOR para ti su buen tesoro, los cielos, para dar lluvia a tu tierra a su tiempo y para bendecir toda la obra de tu mano; y tú prestarás a muchas naciones, pero no tomarás prestado.

Los libros de Deuteronomio y el de Malaquías explican que las maldiciones y bendiciones mencionadas previamente eran el resultado de las actitudes negativas o positivas del pueblo hacia las exigencias del pacto para servir a Dios y observar sus estatutos (Mal 3:14). Pero también se debe reconocer que incluso las calamidades naturales provocadas por la desobediencia tienen el propósito redentor de llevar a las personas de regreso a Dios (Am 4:6-11; cf. Jer 18:7, 8; Ap 3:19).

Aunque Dios prometió bendecir materialmente a aquellos que le son fieles (Mal 3:10-12), la evidencia del favor de Dios no puede ser limitada a esa dimensión, porque la prosperidad material parece ser más común entre los inicuos que entre los justos. Los israelitas del tiempo de Malaquías reconocieron esta realidad cuando declararon: “Por eso ahora llamamos bienaventurados a los soberbios. No solo prosperan los que hacen el mal, sino que también ponen a prueba a Dios y escapan impunes” (Mal 3:15). Y el Salmo 73:2-14 aborda una condición similar:

En cuanto a mí, mis pies estuvieron a punto de tropezar, casi resbalaron mis pasos. Porque tuve envidia de los arrogantes, al ver la prosperidad de los impíos. Porque no hay dolores en su muerte, y su cuerpo es robusto. [...] He aquí, estos son los impíos, y, siempre desahogados, han aumentado sus riquezas. Ciertamente en vano he guardado puro mi corazón y lavado mis manos en inocencia; pues he sido azotado todo el día y castigado cada mañana.

La realidad aparentemente antitética de la prosperidad de los impíos y la aflicción de los justos se volvió clara cuando fue “al santuario de Dios” y conoció el fin del impío (Sal 73:17). Por su parte, el libro de Malaquías explica que esta realidad solo será cambiada completamente en “el día del Señor, día grande y terrible” (4:5), cuando los justos serán guardados como un “tesoro especial” para el Señor (3:17, 18; 4:2, 3) y los orgullosos e inicuos serán completamente destruidos, sin dejarles “ni raíz ni rama” (4:1).

Sin embargo, están quienes, incluso conociendo las enseñanzas bíblicas consideradas anteriormente, continúan insistiendo que Dios está obligado a recompensar con prosperidad material y financiera a todos aquellos que fielmente devuelvan sus diezmos y ofrendas. Así que es necesario analizar críticamente el evangelio de la prosperidad a la luz de algunas enseñanzas básicas de la palabra de Dios.

EL EVANGELIO DE LA PROSPERIDAD Y SUS IMPLICANCIAS

Hay varias tensiones entre el evangelio de la prosperidad tal como es enseñado por muchos predicadores populares contemporáneos, y algunas doctrinas fundamentales de la Escritura. Al menos cinco aspectos en los cuales ese evangelio distorsiona algunas enseñanzas bíblicas.

El evangelio de la prosperidad distorsiona el carácter de Dios

Las escrituras revelan el amor de Dios de la manera en que trata a los seres humanos. Él es misericordioso y justo incluso con aquellos que lo odian. Acerca del plan de salvación, sabemos que “de tal manera amó Dios al mundo” que dio a su propio hijo para que muriera por nosotros que aún éramos “pecadores” y “enemigos” suyos (Ro 5:8, 10). La misma imparcialidad es manifestada también en la manera en que Dios aún preserva actualmente las condiciones requeridas para que los seres humanos vivan sobre este planeta (Gn 8:22), a pesar de las consecuencias degenerativas del pecado (Gn 3). Cristo mismo declaró que Dios “hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos” (Mt 5.45).

Uno también debe reconocer que, dentro del gran marco del trato de Dios hacia los seres humanos, en muchas ocasiones Él tiene que castigar a los impíos

y disciplinar a aquellos cristianos profesos que permiten que el pecado los separe de Él (Isa 59:2). Pero incluso este proceso punitivo está permeado por el amor redentor que busca llevar a los pecadores a una relación personal con Dios y a la obediencia de su voluntad. A pesar de ser un “fuego consumidor” para el pecado (Heb 12:29), Dios continúa amando a los pecadores hasta el punto de no querer “que nadie perezca, sino que todos vengan al arrepentimiento” (2 P 3:9). El mismo Cristo que siempre amó a sus enemigos y ofreció su perdón incluso a quienes lo crucificaron (Lc 23:34), aún concede el don de vida y muchas otras bendiciones a millones y millones de personas que se burlan de Dios e incluso blasfeman su santo nombre.

Ignorando el carácter de Dios tal como es revelado en las Escrituras, muchos predicadores del evangelio de la prosperidad no temen presentarles a las personas un Dios caricaturizado por el nepotismo y los tratos comerciales con sus seguidores. Estos predicadores presentan a un Dios más interesado en recibir recursos financieros de sus adoradores que en llevarlos a vivir mediante “toda Palabra que sale de la boca de Dios” (Mt 4:4). ¡Ellos presentan a un Dios dispuesto, incluso, a aceptar tratos usureros como “te prestaremos un determinado monto, bajo la condición de que regrese ‘multiplicado’ a nosotros”! Aunque pueden parecer tentadores, estos tratos son distorsiones populistas del carácter santo e intachable de Dios, tal como es revelado en las Escrituras.

El evangelio de la prosperidad presenta una imagen utópica de la existencia humana dentro del contexto del gran conflicto cósmico

La historia humana es un proceso largo y dramático que comenzó con los seres humanos separándose de Dios y terminará con su reencuentro escatológico con Él. Cada paso en este proceso está marcado por un conflicto continuo entre los poderes del bien y las fuerzas del mal. Pablo se refirió a este conflicto al declarar que “nuestra lucha no es contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los poderes de este mundo de tinieblas, contra las huestes espirituales de maldad en las *regiones* celestiales” (Ef 6:12). Y Cristo

declaró que las agencias del mal están intentando “engañar, de ser posible, aun a los escogidos” (Mt 24:24).

En las Escrituras, Satanás es llamado como “el padre de la mentira” (Jn 8:44) y “el acusador de nuestros hermanos” (Ap 12:10) y como alguien que hace todo lo posible para denigrar el carácter de Dios y traer problemas en las vidas de los hijos de Dios. Job, incluso, siendo una persona intachable y recta, fue privado de sus posesiones y sufrió injustamente – no porque él hubiera pecado sino más bien para que el nombre de Dios sea glorificado (Job 2). Acerca de un hombre que nació ciego, Cristo explicó: “Ni este pecó, ni sus padres; sino que está ciego para que las obras de Dios se manifiesten en él” (Jn 9:2, 3). Cristo mismo nació en un humilde pesebre (Lc 2:7) y vivió una vida humilde de sufrimiento, privado de posesiones materiales (Mt 8:20; Lc 9:58).

A pesar de esto, los promotores del evangelio de la prosperidad continúan predicando que aquellos que tienen fe genuina y dan sus posesiones a las arcas de la iglesia recibirán ganancias materiales y financieras multiplicadas. Si este fuera el caso, entonces ¿por qué Dios no le dio tales generosas “bendiciones financieras” a su propio Hijo, en vez de dejarlo sin un lugar para “recostar su cabeza” (Mt 8:20; Lc 9:58)? ¿Por qué Dios permitió que Pedro llegara al punto de confesar que no poseía “ni plata ni oro” (Hch 3:6)? ¿Por qué permitió que el consagrado y devoto apóstol Pablo experimentara tantas “necesidades” que a veces otros tuvieron que suplirlas (2 Co 11:9)? ¿Es posible que el Dios del evangelio de la prosperidad sea más generoso que el Dios de la iglesia apostólica (cf. Stg 1:17)?

Algunos predicadores del evangelio de la prosperidad enseñan que la enfermedad y la pobreza son causadas por demonios que pueden ser expulsados de una vez y para siempre, para que el cristiano pueda disfrutar plena prosperidad material y física. Es verdad que la enfermedad y la miseria nunca fueron parte del plan de Dios para la raza humana. Pero esa clase de “exorcismo” de la enfermedad y la pobreza, tal como defienden los predicadores de la prosperidad, indudablemente sugiere alguna clase de evangelio sin la cruz (cf. Mt 10:38; 16:24; Mr 8:34; Lc 9:23; 14:27). Si las cosas

fueran tan fáciles, ¿entonces por qué el apóstol Pablo no tuvo éxito al intentar remover su “espina en la carne” (2 Co 12:7-10)?

La Biblia claramente declara que la lucha con los poderes de la oscuridad nunca cesará para el cristiano, mientras aún esté en este mundo de pecados y aflicciones (Efe. 6:10-8; 1 Pe. 5:8, 9). Por lo tanto, es bastante irrealista decir “¡Acepten a Cristo y todos sus problemas desaparecerán!” Cristo mismo declaró que sus seguidores enfrentarían muchos problemas (Mt 10:34-39), y el apóstol Pablo también advirtió que “todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, serán perseguidos” (2 Ti 3:12). En realidad, Cristo nunca prometió que removería todas las tormentas de nuestras vidas, sino más bien que estaría con nosotros en medio de estas tormentas (cf. Mt 8:23-27; Mr 4:35-41; Lc 8:22-25).

El evangelio de la prosperidad distorsiona la misma esencia de las enseñanzas de Cristo

La esencia del verdadero cristianismo es la conversión que genera la negación de uno mismo y la completa entrega a Cristo (Mt 16:24; Mr 8:34; Lc 9:23). En esa experiencia, los pecadores, que por naturaleza son seres egocéntricos (centrados en ellos mismos), son transformados en cristianos alterocéntricos (centrados en Dios y la humanidad). En Filipenses 3:4-9, Pablo habla de la transformación de su propia vida:

Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable.

Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe.

Los predicadores del evangelio de la prosperidad pretenden guiar a sus seguidores a una vida altruista mediante sacrificios económicos. Pero estas intenciones altruistas son neutralizadas completamente por las constantes promesas de prosperidad material de estos mismos predicadores. Como

resultado de esa motivación egocéntrica, ¡los creyentes terminan devolviendo diezmos y ofrendas generosas creyendo que cuanto más den, más grande serán las ganancias financieras que recibirán!

Además de una motivación egocéntrica, se debe notar que el ego de los dadores termina siendo incluso más exaltado mediante testimonios públicos acerca de donaciones y la prosperidad resultante que experimentaron (¡No podemos olvidar que muchos de los testimonios transmitidos mediante los medios de comunicación son acerca de la prosperidad financiera!). Estas prácticas pueden estar respaldadas por buenas intenciones, ¡pero están en oposición directa al ejemplo y las enseñanzas de Cristo! En su comentario acerca de la ofrenda de la viuda pobre (Mr 12:41-44; Lc 21:1-4) y en la parábola del fariseo y el recaudador de impuestos (Lc 18:9-14), Cristo reprobó categóricamente esta clase de “testimonios” jactanciosos. En Mateo 6:2-4, Él resaltó el mismo principio de dar con humildad:

Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Mas cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.

El evangelio de la prosperidad aplica a la iglesia del Nuevo Testamento muchas promesas del Antiguo Testamento de prosperidad teocrática

Para entender el asunto de la prosperidad material en las Escrituras, se debe distinguir entre el énfasis misionero centrípeto de la teocracia-monarquía del Antiguo Testamento y el propósito misionero centrífugo de la iglesia del Nuevo Testamento.⁹ En el Antiguo Testamento, Dios escogió a Abraham y sus descendientes para convertirlos en una próspera nación modelo que atraería centrípetamente a otros pueblos y naciones para adorar al Dios verdadero (Gn 12:1-3; 15:13, 14; 22:16-18). Israel se acercó a ese ideal durante los prósperos reinados de David y Salomón (1 R 4 y 10), pero terminó alejándose de ese ideal

⁹Por un estudio más detallado del tema, véase, Johannes Blauw, *The Missionary Nature of the Church: A Survey of the Biblical Theology of Mission* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1974).

bajo las crecientes manifestaciones de apostasía e idolatría que culminaron en la caída del reino del norte (2 R 17) y el exilio del reino del Sur (2 R 25; 2 Cr 36:17-21; Jr 39, 52).

Bajo el Nuevo Testamento, uno encuentra a la iglesia de Cristo con una misión centrífuga de ir a predicar el evangelio del reino a todo el mundo (Mt 24:14; 28:18-20; Mr 16:15, 16; Lc 24:45-49; Hch 1:8). Esta es una misión muy desafiante, porque “el campo es el mundo” (Mat 13:38), y los “obreros” continúan siendo proporcionalmente pocos (Mt 9:37; Lc 10:2). En esta realidad, las clásicas palabras de Cristo, registradas en Mateo 6:19-21, aún son pertinentes hoy en día. Allí leemos:

No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. *Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.*

Es verdad que, por un lado, los predicadores del evangelio de la prosperidad alientan a las personas a desprenderse de sus posesiones materiales en favor de la iglesia. Pero, por el otro lado, prometen a sus seguidores prosperidad material y financiera automática durante esta vida. Estas promesas ignoran la realidad de la gran controversia y el hecho de que incluso los justos pueden sufrir aflicciones y sufrimientos, tal como está demostrado en la experiencia de Job.

El evangelio de la prosperidad distorsiona todo el espectro de la obediencia cristiana

En el libro de Malaquías y en Deuteronomio 11 y 28, la condición para recibir las bendiciones divinas no son solo la fidelidad en los diezmos y las ofrendas (Mal 3:10-12), sino también la consagración de la vida a Dios en completa obediencia a su voluntad. Cristo habló de esta misma realidad en Mateo 7:21-23, donde declaró:

No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y

entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.

Aunque Cristo enfatizó en varias ocasiones que es más importante *ser* que *tener*, los predicadores del evangelio de la prosperidad colocan, de acuerdo a Caio Fábio, más énfasis en *tener* que en *ser*.¹⁰ No están preocupados en si los creyentes mantienen “manos limpias y corazón puro” (Sal 24:3-5), o si están viviendo mediante “toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt 4:4), o si están permitiéndole al verdadero Espíritu Santo que los guíe “a toda la verdad” (Juan 16:13; cf. 1 Jn 4:1; Hch 5:32); estos predicadores parecen estar más interesados en saber si los creyentes hablan en lenguas, experimentan algunos milagros y si tienen sus posesiones materiales multiplicadas.

Desafortunadamente, la religión enseñada por muchos predicadores de la prosperidad es un marketing populista, aparentemente dirigido a aumentar el número de miembros para así multiplicar las ganancias de sus iglesias. Muchos de ellos consideran que hablar en lenguas es mucho más importante que dominar la lengua (Stg 3:1-12; 1 Co 14:18, 19), que las sanaciones milagrosas son más significativas que vivir con los principios bíblicos de la salud (1 Co 3:16, 17; 6:19, 20), y que predicar sobre la prosperidad temporal es mucho más importante que llevar a los pecadores a “la herencia de los santos en luz” (Col 1:12). Estos predicadores están más emocionados en dar la orden como Pedro, “levántate y anda” (Hch 3:6) que en amonestar como Jesús: “vete y no peques más” (Juan 8:11; ver también 5:14).

RESUMEN Y CONCLUSIONES

Los libros de Malaquías y Deuteronomio mencionan numerosas bendiciones y maldiciones, dependiendo de la actitud del pueblo hacia el pacto de “servir a Dios” y guardar “sus estatutos” (Mal 3:14). Aunque Dios prometió bendecir materialmente a sus hijos fieles (Mal 3:10-12), la verdadera evidencia del favor divino no puede ser limitada a este aspecto, pues la prosperidad material parece ser más común entre los impíos que entre los justos (Mal 3:15; Sal 73:1-17).

¹⁰Ver Caio Fábio, *A Crise de Ser e de Ter*, ed. rev. y aumentada ([Rio de Janeiro]: Vinde, 1995).

El evangelio de la prosperidad, enseñado por muchos predicadores populares, (1) distorsiona el carácter de Dios; (2) presenta una imagen utópica de la existencia humana dentro del marco del gran conflicto cósmico; (3) distorsiona la misma esencia de las enseñanzas de Cristo; (4) aplica a la iglesia del Nuevo Testamento muchas de las promesas del Antiguo Testamento de prosperidad teocrática; y (5) distorsiona todo el espectro de la obediencia cristiana.

Dado que “la raíz de todos los males es el amor al dinero” (1 Ti 6:10) Cristo advierte a los cristianos que no acumulen “tesoros en la tierra” (Mt 6:19), es bastante evidente que el evangelio de la prosperidad distorsiona las enseñanzas del Nuevo Testamento acerca de la relación del cristiano con los bienes materiales. Si la plena dedicación a Dios siempre resulta en la bendición de “prosperidad financiera”, ¿por qué ni Cristo ni los apóstoles recibieron estas bendiciones? ¿Acaso será posible que ninguno de ellos cumpliera las condiciones requeridas para que eso pase?

Los predicadores del evangelio de la prosperidad alientan a los creyentes a dar más y más generosamente a la iglesia. Pero la motivación usada para alcanzar esa meta termina siendo el fortalecimiento de la tendencia egoísta de los creyentes y el bienestar financiero de los predicadores. Las personas dan grandes donaciones, no motivadas por un amor abnegado por la causa del evangelio, sino porque creen que con estas donaciones recibirán ganancias financieras lucrativas (“multiplicadas”). Esta clase de incentivo egoísta para la prosperidad, predicada en el nombre de Dios (cf. Mt 7:21-23), niega la misma esencia de las enseñanzas de Cristo (Mt 16:24; Mr 8:34; Lc 9:23).